

SIN MARGEN

Cuentos – Trabajo de Grado

ANGELA MARÍA CANIZALEZ HERRERA

Estudiante

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas

Bogotá, Colombia

2012

SIN MARGEN

Angela María Canizalez Herrera

Magister en Escrituras Creativas

Director

AZRIEL BIBLIOWICZ

Línea Narrativa

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas

Bogotá, Colombia

2012

A mi padre:

Maestro, amigo y
cómplice en la vida y en
la literatura...

Agradecimientos

Gracias a Aura y Laurita por acompañarme en el camino e iluminar con su presencia tantas historias.

Gracias a los amigos por escuchar, gracias a la vida por su paciencia.

CONTENIDO

Resumen	- 2 -
Abstract	- 3 -
PRÓLOGO	- 4 -
EL CAMINO DE LA VID	- 15 -
LA SEMANA MAYOR	- 24 -
LETRA DE CAMBIO	- 28 -
RETRATO FAMILIAR	- 32 -
LA VISITA	- 39 -
EL FINAL DE UNA VISITA	- 45 -
LA BUSETA Y EL VIOLONCELLO	- 49 -
EL CUENTITO FEO	- 57 -
EL VIAJE	- 64 -
REGALO DE NAVIDAD	- 73 -

SIN MARGEN

Resumen

Sin Margen reúne diez historias livianas que se desarrollan en torno al amor y al deseo, sentimientos que afloran de manera tan misteriosa en cada uno de los protagonistas hasta el punto de cambiar sus vidas silenciosa pero irremediabilmente.

El recuerdo de un vino, una carta, una pérdida, una abuela, un secuestro o la celebración de una semana santa, son excusas para que los personajes se encuentren de frente con una realidad que hasta ahora les era desconocida, o tal vez con un destino imposible de evadir.

Con un lenguaje sencillo y salpicado de humor, Sin Margen reivindica los pequeños detalles de la vida como los más extraordinarios de nuestra existencia.

Palabras Clave:

Sentidos, infancia, recuerdos

NO MARGIN

Abstract

No Margin light meets ten stories that develop around love and desire, feelings that arise as mysteriously in each of the protagonists to the point of changing their lives quietly but surely.

The memory of a wine, a letter, a loss, a grandmother, a kidnapping or holding an Easter are excuses for the characters are facing a reality that until now was unknown, or perhaps a target impossible to evade.

With simple language and peppered with humor, No Margin claimed the small details of life as the most extraordinary of our lives.

Keywords:

Senses, childhood, memories

PRÓLOGO

Pensativa entre la impotencia y la resignación, con el codo apoyado en mi escritorio y la mejilla sobre la palma de mi mano, sostengo entre los dedos la pluma que ocasionalmente uso cuando impotente frente al computador avanzo y retrocedo sin rumbo, atrapada en un denso letargo.

No es la primera ocasión en la que el cambio de herramienta me sustrae de ese angustioso duelo frente a la página en blanco. Cada palabra, cada signo, cada punto o coma dibujado se transforma de manera imperceptible, se modifica, se alarga, se ensancha, se encoje con los cambios de temperatura y el estado de mi ánimo. Deja una huella, una pista en la que el calígrafo reconoce el sello personal y un adivino puede leer el destino. A veces me parece que las ideas surgen espontáneas en una veloz competencia y que debo aligerar el paso para atraparlas; en otras ocasiones, como esta, debo tener paciencia y caminar a su lado con cuidado, sin atropellarlas.

El computador es más impersonal, un tanto casquivano, sin remilgos se entrega al primero que oprime enter mientras avanza al galope sostenido de los dedos sobre el teclado.

Los límites me oprimen, no importan lo lejos o cerca que se encuentren, más que al hecho físico de las fronteras me refiero a las pequeñas y mezquinas convenciones y procedimientos formales. No estoy en contra de las normas salvo que tiendan a oprimir las ideas, Jorge Luis Borges en el prólogo de *Fervor de Buenos Aires*, descrea del fracaso y del éxito, de las escuelas literarias y de sus dogmas. En mi opinión, creo que son dinámicas y mutables como las teorías económicas, el lenguaje o las verdades políticas.

En los días previos de mi ingreso a la universidad pesaban más las dudas que el interés que despertaba un lugar en la maestría de Escrituras Creativas. La inseguridad, el temor que siempre me inspiraron los talleres se habían instalado en mis prejuicios años atrás, a mitad del pregrado de Comunicación Social y Periodismo, cuando un profesor sin el menor interés de ocultar su prepotencia y mucho antes de hacerse público los brutales procedimientos de los paramilitares, descuartizó con la pericia de un cirujano el primer texto que puse en su quirófano.

Convertida en profesional y recuperada de la penosa intervención, recorrí con afán los edificios de la ciudad blanca para presentar las pruebas de admisión a la Maestría, al ingresar al salón me sorprendió descubrir entre el cuestionario complicados teoremas y variables matemáticas imposibles de descifrar. Al observar a mis compañeros y sus calculadoras científicas en marcha, decidí vencer el natural miedo al ridículo y verificar con el responsable el número del salón; su respuesta me salvó de las ecuaciones pero me llenó de ansiedad, avancé por los pasillos y jadeando llegué al lugar asignado donde recibí nuevamente las pruebas. Con tranquilidad me concentré en los ejercicios de comprensión de lectura y redacción, al finalizar la prueba sonreí nerviosa, unos minutos más y presento el examen para una maestría en economía. Hubiera sido un buen cuento con un pésimo final.

Días después recibí con emoción los resultados y presenté mi primer trabajo como aspirante a escritora, una hoja de vida narrada que resumía mi vida profesional y laboral. Por ser mi primer ejercicio para la Maestría constituye un valioso punto de partida que marcó el inicio de un camino pleno de dudas y dificultades, que me parece indicado rescatar ahora:

"...Debería declararme impedida para proceder de manera objetiva en la redacción de mi hoja de vida. No obstante, como así se me exige seré lo más

medida posible en la utilización de adjetivos benévolos y en alusiones que no estén plenamente soportadas.

No ocultaré ningún detalle, salvo mi edad y la identidad protegida bajo el recurso de un seudónimo. Confieso mi incapacidad de poder agregar información alguna que no esté contenida en archivos eclesiales, registros públicos y privados.

Mi información personal, reposa fragmentada y profusa en la memoria de múltiples sistemas operativos donde pueden consultar el peso y mis medidas, la talla de mi ropa y el calzado, el título en Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Externado y la especialización en Comunicación Organizacional de la Javeriana, las tendencias musicales, el vino y las cepas preferidas, los gustos gastronómicos, el odontograma, las fragancias elegidas y los demás servicios que nos dan el rol de ciudadanos y ciudadanas.

No es necesaria entonces mucha creatividad para reconstruir un perfil bastante preciso de mi currículo. Basta revisar la copia de mi primera historia clínica para saber que nací baja de peso en una clínica del barrio San Fernando en Cali. Allí fue llevada de urgencias mi madre, cuando mi padre no supo interpretar las instrucciones del manual para atender un parto prematuro.

Instalados en Bogotá, antes de hacer la primaria y el bachillerato en colegios privados, fui inscrita en la Sinfónica Juvenil como consta en el registro de matrícula donde estudié música y escogí el chelo como instrumento que interpreté sin mucho o poco virtuosismo.

De la indagación de mi correo electrónico o la interceptación del celular podrán corroborar que las referencias personales aquí consignadas pertenecen a hombres y mujeres honorables, eso espero, que darán cuenta de mi experiencia laboral en prensa, radio y televisión como jefe de comunicaciones en el distrito y en mi condición de ex directora de la Casa del Valle en Bogotá.

Ratifico también, como consta en la Registraduría Nacional, que el número de mi cédula de ciudadanía corresponde al que aquí aparece al lado de mi firma y huella digital. Mediante esta identidad podrán verificar mi calidad de ciudadana con plenos derechos, tal como lo certifica la base de datos de la Personería, Procuraduría, Contraloría Nacional y Distrital, el DAS, el párroco de mi jurisdicción y el administrador del conjunto donde actualmente resido.

Antes del final, para despejar cualquier duda sobre mis señales particulares, confirmo que la foto en color que aparece en la parte superior a la derecha de esta página, es fiel copia del original, salvo el transitorio rubio del cabello que cae sobre

mis hombros. El resto de mis facciones se conservan, por ahora, ajenas a las preocupaciones de la vanidad, del mismo modo que mi única hermana, graduada en derecho y con el poder legítimo por mi otorgado para llevar y adelantar cualquier demanda penal o civil que fuere necesario interponer, en ningún caso derivada de los datos aquí consignados, contra el comité de admisiones de esta maestría”

Nada tiene que ver con una enfermedad del alma, aún creo que hay algunas pocas intimidades que de haber sido grabadas por los micrófonos ocultos o atrapadas por el ojo de las cámaras no pondrían en riesgo nuestra reputación, la de una familia tradicional con una madre sindicalista y un personaje al cual me referiré tangencialmente para evitar que este prólogo derive en una carta al padre, a quien va dirigida la dedicatoria que antecede esta introducción. De él tuve las primeras noticias de una niña que siempre llevaba una caperuza roja e identifiqué la zapatilla de cristal que abre la puerta de la fantasía, del mismo modo como las sábanas de Remedios la Bella le sirvieron de instrumento para ascender al cielo.

Heredé el hábito de la lectura con la misma devoción de una novicia en el convento y cada vez que me detengo a escuchar el pasado, veo en el fondo, como en una bola de cristal, el referente al cual mi padre me condujo sutilmente a convertirnos en cómplices de muchas anécdotas: las de las pequeñas aventuras de la infancia y las que de adulta resultan ser más íntimas.

Observando la biblioteca creo que un buen espectador podría reconocer el paso de mi infancia a la juventud y de esta a los años que ya confesé en mi hoja de vida. Emilio Salgari, Julio Verne, Hans Christian Andersen, Charles Perrault, los Hermanos Grimm, Oscar Wilde, Guy de Maupassant, Edgar Allan Poe, Chejov, Clarice Lispector, Raymond Carver, Katherine Mansfield, Rudyard Kipling, Nathaniel Hawthorne, Jorge Luis Borges, Gabriel García Márquez y Angeles Mastretta hicieron parte de mis preferencias en cada una de estas épocas.

Capítulo aparte merecen El Guardián entre el Centeno de J.D. Salinger y La Conjura de los Necios de Jhon Kennedy Toole, que en dos etapas distintas marcaron el rumbo de mis preferencias narrativas gracias a su estilo fresco, desacartonado y vital que coincidía con el espíritu aventurero que tímidamente empezaba a reflejarse en mi manera de escribir.

Un lector perspicaz habrá encontrado entre líneas varias señales que revelan mi incomodidad y los rodeos con los cuales he intentado eludir la inaplazable redacción de este prólogo. He estado a punto de tirar la toalla pero creo que ya he superado varios rounds y es preferible esperar el veredicto del juez. Me expongo a opinar sobre los cuentos que he presentado confesando que preferiría que fuera un tercero el que se ocupara de ellos. Para entrar en materia me sirvo de un episodio en la oficina, donde dos compañeros de manera simultánea fueron padre

y madre respectivamente. La mujer, con la mayor naturalidad y convicción describía el cabello rubio del pequeño y los rizos que caían sobre su frente, las pestañas largas y encrespadas debajo de unas cejas perfiladas. El punto seguido es para llamar la atención particularmente sobre los ojos: azules en la mañana, verdes en la tarde y grises en la noche, pero lo que más destacaba era la imponente barbilla, su ángulo e inclinación perfecta con un hoyuelo en el centro que le daba cierta coquetería a todo el contorno de su rostro.

- ¡¡Divino!! dije estupefacta
- ¿Y el tuyo? preguntó la orgullosa mamá a nuestro compañero que permanecía en silencio
- ¿El mío? es normal, respondió sin vacilar

Pues bien, mis cuentos son normales. Descreo de la perfección, sólo la acepto como una categoría divina, los he escrito por encargo, como parte de los requerimientos académicos. Creo que guardan diferencias sustanciales con los que guardo en mi diario personal. Conservan el mismo ADN aunque carecen de primeros auxilios para evitar que los males (saturación de adjetivos, personajes mal contruidos, exceso de retórica....) hagan metástasis.

“*SIN MARGEN*” refleja mi interés por los pequeños detalles, por descubrir en la cotidianidad de personajes comunes y corrientes situaciones sencillas, pocas

veces extraordinarias, que cambian definitivamente el rumbo de sus vidas. Una carta, un viejo amor, una abuela autoritaria o la redondez de una letra son algunos de los temas que conmueven a mis personajes: hombres y mujeres que se confunden entre la multitud sin dejar rastro. A pesar de la sencillez fue un gran reto encontrar la voz de los personajes, conectarme con cada uno de ellos, adivinar sus emociones, predecir sus movimientos, jugar a ser Dios y darles un soplo de vida con la esperanza de entregarlos al mundo.

¿Pero cómo contar los relatos? ¿Cuál era la mejor manera de hacerlo? ¿Debía agruparlos y escribir una novela o mejor desarrollar historias cortas? A pesar de mí inclinación por la novela, descubrí en la estructura del cuento la respuesta a mis inquietudes, su dinamismo y versatilidad me cautivaron y me enfrentaron a un gran desafío: reivindicar el cuento, un género desdeñado por muchos, como la mejor forma de escribir historias excepcionales. Como afirma Julio Cortazar “un buen cuento es siempre *excepcional*, pero no quiero decir con esto que un tema deba de ser extraordinario, fuera de lo común, misterioso o insólito. Muy al contrario, puede tratarse de una anécdota perfectamente trivial y cotidiana”

De acuerdo con Italo Calvino en *Seis propuestas para el próximo milenio* “lo más ligero es lo que verdaderamente mueve a lo más pesado”, por eso me inclino por contar historias leves, intento observar situaciones en apariencia insignificantes y ponerlas patas arriba. Me parece, por ejemplo, que una cultura que hace pocos

años era menor, si consideramos el volumen de las importaciones, hoy alcanza notas sobresalientes en el comercio del vino. Es muy probable que muchos no disfruten la calidad de una cepa si no respaldan su opinión con el título que los acredita como enólogos.

La primera frase para mí es la puerta que se abre o se cierra cuando intento contar una historia. En ocasiones es generosa y permite el ingreso sin contratiempos, activo entonces el piloto automático cuidándome de tener un buen aterrizaje. Puede ocurrir que simultáneamente con la anécdota que estoy desarrollando, un duendecillo de vida a una historia paralela que toma distancia de la idea original. Últimamente soy más consciente de este divorcio y he intentado destacarlo pero manteniendo su bajo perfil. Hay ocasiones, como esta jornada, donde pasé noches y algunas horas del amanecer víctima de la hipnosis de la página en blanco.

Juan Diego, mi tutor (gracias Juan Diego) me ha referenciado a Italo Calvino y además descubrió que en mis cuentos, la mujer y los abuelos ocupan un rol preponderante. Gracias por las fronteras invisibles, la confianza y la sonrisa permanente.

Julio, mi otro tutor, gracias por la rigurosidad, por dar importancia a los pequeños detalles y por nutrir con nuevos y desconocidos autores la anatomía de mis relatos.

Azriel, mi admiración y agradecimiento, la lectura guiada del Ulises así como el intercambio de opiniones con los conferencistas invitados, son un activo en mi formación.

Posdata:

Independientemente de mi destino la literatura seguirá marcando mis inclinaciones. Sobre este tema en particular, me resultó la trama de un cuento que poco a poco se escapa de este género en el intento de destacar la lectura más allá de su comprensión. Ojalá que adelantar la temática no se convierta en un mal augurio para darle buen término a una historia sencilla: una mujer analfabeta que define el destino de sus clientes leyendo el rastro y las huellas del porvenir en una taza de chocolate.

EL CAMINO DE LA VID

“Cuando la vi

Cuando la vid

Cuando la vida”

El ambiente es acogedor. Salvo su estado de ánimo todo está en orden y responde a un gusto refinado, cultivado con la misma devoción con la que guarda sus vinos de crianza. Lluve torrencialmente contradiciendo los pronósticos del presentador que anunciaba tiempo seco acompañado de una fuerte ola de calor. En el apartamento de Esteban, la tempestad que afuera arremete contra techos y ventanas es el complemento instrumental que acompaña los acordes del chisporroteo de los leños en la chimenea.

Abstraído en la más insignificante pero esperanzadora señal que restituya sus papilas atrofiadas, acude a su cava personal en la cual ha alternado vinos jóvenes con vinos de crianza y de reserva. Extrae el corcho de una botella de *“Pesquera”*, un tinto reserva elaborado con uvas procedentes de la viña más antigua de una prestigiosa bodega que se extiende a orillas del Duero. Tras agitar su contenido en una copa de cristal, reconoce el color típico de una larga maceración de hollejos y

la temperatura ideal del varietal que agita desapacible. Su limpidez, el brillo y las lágrimas que resbalan a lo largo de las paredes de la copa contrastan con sus sollozos mientras acude, ya no a su percepción, sino a la ajena descripción de un tercero que ha consignado en la etiqueta sus notas de cata: *“Muy complejo y distinguido. Hay notas que recuerdan a frutas silvestres del bosque, entremezcladas con aromas que evocan al café natural tostado. En boca muestra su grandeza y amplitud de matices palatales. Es corpóreo y sedoso al tiempo, concentrado y elegante...”*

Como ingeniero agrónomo y catador experto, conocedor del vino y su liturgia, acepta la terminante privación del placer espiritual y material que le proporciona el maridaje del vino elegido, junto a las cualidades aromáticas y gustativas del pequeño sorbo de tempranillo que impregna el conjunto de su boca y paladar. Concentrado en el brillo de la copa añora el puñado de sensaciones que se agolpaban su memoria con cada sorbo de vino: el dulce sabor en la punta de la lengua, la acidez que se distribuía por los costados, las notas salobres en armonía con el gustillo amargo que captaba en toda su exuberancia el último tramo de su lengua.

Observa a través de las ventanas el parpadeo de las luces artificiales, al tiempo que cierra los ojos e intenta apaciguar la tormenta que atrofia su paladar. Sin conseguirlo procura reconciliarse con el sueño perdido, sin privarse por ello del

pleno dominio de los demás sentidos y la perfecta coordinación de sus funciones motrices que no dudaría en canjear por la incapacidad que ahora padece. No se atreve a confesar sus tribulaciones, ni la sospecha de la participación de manos criminales detrás de cada uno de sus padecimientos.

El timbre del teléfono rompe la aparente armonía del ambiente y lastima sus oídos que amplifican el tono del celular. Es Malena, llama desde Barcelona para anunciarle la hora de regreso. Mientras la escucha hablar sobre los 40 grados que azotan la ciudad, se niega a reconocer la dependencia que ha generado en él su actitud amorosa y comprensiva.

Malena cuelga el teléfono y toma una ducha. Luego de unos minutos, sale del baño y revisa lo que aún falta por empacar: un par de camisas de verano, un pantalón de lino, algunos libros de historia del arte y la botella de vino que espera agregar a la cava de Esteban. Recuerda el día que la compró en un antiguo lugar de la ciudad, reconocido por tener en sus bodegas vinos de colecciones privadas, esa mañana caminó hasta encontrar la vieja puerta de madera con la inscripción “El Duero”. Al entrar, observó con curiosidad la decoración del lugar y por unos instantes permaneció absorta por el olor a madera; luego de un breve saludo

siguió al administrador quien eligió para ella la mejor cepa y le ofreció degustar una copa. Para asombro del experimentado bodeguero, Malena describió con exactitud los variados acentos aromáticos y gustativos de la muestra que había tomado.

El ruido del televisor la saca de sus pensamientos, termina de empacar el equipaje y sale de prisa para el aeropuerto. Al despegar el avión recuerda el tono preocupado de Esteban y la invade un sentimiento de culpa, poco a poco acuden a su memoria los momentos más dulces y lo más amargos de su relación.

Durante mucho tiempo envidió las caricias que Esteban daba a sus copas de cristal y la pasión con que se entregaba a los encantos de los aromas frutales, ansiosa mezclaba sus perfumes para obtener la fragancia de las zarzamoras o el olor dulzón de la madera, incluso elevó en secreto plegarias al dios Baco para que le concediera a sus labios el sabor de los viñedos y hasta llegó a contactar a un reconocido síquico, que nunca entendió sus peticiones.

Nunca se conformó con las escasas horas que le dedicaba este hombre refinado, solitario y amante de la cultura del vino, afición a la que dedicaba gran parte de su tiempo asistiendo a seminarios y talleres profesionales con sommeliers y bodegueros reconocidos, ambientes en los que se desenvolvía con la naturalidad que le era tan extraña en otras circunstancias. Igual dedicación le ameritaba su

cava, construida en el interior de su apartamento con todas las características requeridas para conservar en óptimas condiciones el preciado líquido; entre la colección se contaban variedades de Carmenere, Merlot, Cabernet Sauvignon, Chardonnay, Sauvignon Blanc y Malbec, cepas que escogía cuidadosamente según la ocasión. Malena se esforzaba por llamar su atención, soportó con paciencia su indiferencia y aceptó por un tiempo la modesta posición que ocupaba en la vida de Esteban, más preocupado por la temperatura de sus vinos que por la tibieza de sus labios.

Durante el vuelo y mientras ojeaba sin interés las páginas de una revista de moda, repasó el plan que la llevó a convertirse en su única prioridad. Seis meses atrás y cansada de esperar, inició una exhaustiva investigación para encontrar un camino, una receta mágica que doblegara las papilas gustativas de Esteban. Después de revisar durante más de un mes revistas y enciclopedias médicas, encontró en las causas de una enfermedad una luz de esperanza. Recortó y guardó con cuidado el párrafo que describía: *Ageusia: alteración del sentido del gusto caracterizado por la pérdida casi total para detectar sabores.*

Con el término en su cabeza, buscó más de diez definiciones las cuales recortaba y pegaba con cinta transparente en la pared de su estudio; resaltaba con asteriscos de color rojo, verde y azul frases o palabras como “exceso de medicación”, “infección nasal” o “faringitis viral”, mientras que con tinta negra

consignaba sus anotaciones en algunas esquinas, entre las que se destacaba con letras mayúsculas: *“el uso indiscriminado de la perforación de la lengua ha aumentado considerablemente en los últimos tiempos. Las personas lo utilizan sin saber el verdadero peligro que se encuentra oculto en la práctica de esta perforación”*, en otra esquina y escrito con tinta roja se leía *“La perforación lingual es una causa importante de alteraciones estomatológicas, debido a que daña las funciones normales de las estructuras de la cavidad bucal provocando principalmente disminución gustativa”*. Dedicó tanto tiempo a esta labor que encontró una afición secreta al medir el impacto de cada una de sus posibilidades, las cuáles escogía caprichosamente como si fueran fichas de un rompecabezas.

Semanas después, eligió al azar una de las opciones señaladas en la pared y puso en marcha su plan. Eligió el día de su primer aniversario juntos y lo tomó como excusa para celebrar la ocasión con una gran cena y dos botellas de *Chateau Pétrus*, el burdeos más exclusivo y legendario de la historia, obtenido en su último viaje a París y reservado cuidadosamente para una ocasión especial.

Aunque poco amigo de las celebraciones, Esteban aceptó con agrado la invitación de Malena a quien había conocido un año atrás en una exposición

itinerante de Diego Rivera y Frida Kahlo. En esa ocasión le impactaron su belleza y fluidez verbal y aunque disfrutaba su presencia, prefería la compañía de un Marqués de Riscal y los libros de Fernando Pessoa, uno de sus poetas favorito a quien admiraba por su figura enigmática y su vida discreta.

Durante la cena de aniversario, disfrutó con el sabor de la langosta que acompañó con lonchas de trufa y caviar que previamente Malena había impregnado en una infusión de valeriana mezclada con un barbitúrico suave, receta que obtuvo por internet luego de pagar con su tarjeta de crédito el acceso a un directorio con las más inusitadas fórmulas. Atraído más por las botellas de *Chateau Pétrus* que por el escote de Malena, Esteban alabó el aroma del exclusivo vino tinto, cuya producción apenas alcanzaba las 30.000 botellas debido a la escasa renovación de sus cepas. Luego de tres copas y bajo el efecto estimulante de la infusión mezclada con la comida, Malena aprovechó la efusión del momento para retar su sensatez llevándolo al establecimiento de piercings y tatuajes más famoso de la ciudad. Adormecido y sin una pizca de voluntad, aceptó el desafío y se abandonó por primera vez a sus caprichos. No vaciló al entrar ni mostró ningún signo de dolor cuando la aguja atravesó su lengua, permaneció sereno mientras observaba la sonrisa que se empezaba a dibujar en el rostro de Malena.

Al llegar a casa contempló durante algunos instantes el reflejo de su rostro cansado frente al espejo del baño. Aún bajo los efectos de la mezcla de fármacos

y la efervescencia de las copas de vino, sacó su lengua y observó el objeto que sobresalía a pesar de la inflamación, confundido quitó con delicadeza la joya y lavó la herida con suficiente agua. Se acostó con la ropa que tenía puesta y durmió pesadamente. No soñó, el sabor a metal aún permanecía en su boca.

Durante semanas trató de reconstruir inútilmente los acontecimientos que lo llevaron a tomar semejante decisión, se sentía solo y desamparado. Abatido cepillaba con insistencia su lengua, aplicaba los mejores enjuagues bucales y hasta preparaba infusiones aromáticas para borrar de su aliento esa indescriptible sensación. Sospechó que las huellas de su aventura serían imposibles de borrar. Afligido se entregó a los mimos de Malena, quien partió semanas después a un seminario sobre Historia del Arte en una de la universidades más prestigiosas de España.

El vuelo llegó sin retrasos, la esperaba el conductor de Esteban quien se ocupó de las valijas y de su traslado al apartamento ubicado en los cerros. Tenía instrucciones de conducirla después a su encuentro. Luego de una pequeña siesta, Malena se vistió para la ocasión: eligió un atrevido vestido rojo que dejaba sus hombros al descubierto, recogió su cabello rubio, se adornó con algunos

diamantes, usó unas gotas de Chanel No. 5 y se cubrió con un abrigo de piel. Al verla llegar Esteban la abrazó en silencio, un apretado nudo de emociones que no daba lugar a las palabras. La tomó de la mano mientras ocupaban la mesa reservada especialmente para la ocasión. Siguiendo las indicaciones el sommelier se acercó a Malena quien tomó la iniciativa de la orden, eligió un *Brut Nature Reserva, 1997, de la casa Freixenet*.

Alzaron sus copas para brindar. Malena cerró los ojos al tomar el primer sorbo de vino, mientras él dejaba la copa aún sin probar sobre la mesa y escuchaba con nostalgia como describía la complejidad de los matices afrutados, en especial la manzana y las notas herbáceas. Abatido, en un gesto inusual para sus modales, se levantó de la mesa, besó sus labios y con sed infinita buscó en su lengua los sabores perdidos.

LA SEMANA MAYOR

En silencio permanecíamos sentados en el sofá de la sala mientras la abuela rezaba el último rosario. La única alteración de la calma provenía de la cocina, donde mis tías preparaban el menú del Viernes Santo: consomé, arroz apastelado, papas hervidas, ensalada verde y de postre, esponjado de lulo.

Atenta a los ruidos de la cocina permanecía inmóvil, atemorizada por la advertencia de un castigo divino ante el menor movimiento. El calor era insoportable, estaba atrapada en un vestido de paño negro y medias blancas hasta la rodilla que contrastaba con la imagen del cuadro que estaba colgado frente a mí: un paisaje lleno de arboles donde sobresalía un estanque lleno de patos. Cerré los ojos e imaginé que era uno de ellos, agitando mis plumas y rozando las piedras al nadar; pero justo cuando hundía la cabeza en el agua un pescozón me devolvió al aburrimiento del sillón. El tirón de la abuela me hizo saltar un par de lágrimas mientras me unía al coro desentonado de credos y padrenuestros. Preferí no mirar la camándula, la suma de avemarías pendientes aumentaba mi suplicio.

El reloj de pared anunció por fin las tres de la tarde, me avergoncé por la felicidad que sentí con cada campanada. Un momento doloroso para la humanidad, pero un alivio para mis extremidades entumidas al entonar el último amén. Por fin podía levantarme e inclinar la cabeza frente al crucifijo de madera expuesto en la sala.

Luego del momento de la crucifixión y muerte de Nuestro Señor, la abuela permitió que nos moviéramos y pude caminar hasta la ventana para recibir un poco de aire, pero un sol ardiente me hizo retroceder. Corrí a la cocina a lavarme el rostro, pero un grito de la Tía Augusta me hizo detener: “Si te mojas te conviertes en sirena!!!” Quedé pasmada de susto, no sabía cual pecado había cometido, pero sin duda estaba pagando alguna penitencia. Acepté con resignación mi destino, me aparté a una esquina sin luz y me concentré en la preparación del esponjado.

Observaba como la tía Julia organizaba las frutas encima del mesón de la cocina. Luego de lavarlas con agua fría, hundía la punta del cuchillo para sacar la pulpa que era licuada en un recipiente de vidrio con dos cucharadas de miel y un cuarto de crema de leche. Aparte, mezclaba con habilidad tres claras de huevo y una cucharada de azúcar hasta formar una suave espuma. Aparte, había diluido en agua tibia un sobrecito de gelatina sin sabor que luego mezcló con el licuado de la fruta y las claras de huevo a punto de nieve. Mientras dejaba reposar la mezcla

para introducirla en la nevera, elegía las hojas más frescas de un ramo de menta para completar la decoración

Con la actitud de servicio propia de la Semana Santa, me ofrecí a llevar el esponjado a la nevera con la secreta intención de mojar alguno de mis dedos en la cremosa mezcla, pero mis intenciones fueron reprimidas y me enviaron a rezar en silencio un padrenuestro al solar de la casa.

Salí de mala gana y encontré a mis primos leyendo la Biblia bajo la sombra de un árbol, me acerqué a ellos y sorprendida descubrí a Superman escondido entre las páginas del Nuevo Testamento. Inclínada más por las historias de amor me aparté sin interés y trepé al árbol de naranjas para buscar un refugio fresco, apenas estaba alcanzando una de las copas cuando escuché otra vez la voz de la abuela: ¡Niña, te vas a convertir en mono! Asustada bajé del árbol, lo mejor era no hablar, no respirar, cualquier movimiento podía liberar la furia divina.

En casa y de nuevo sentada en el sillón empecé a leer un libro sobre la vida de santa Clara de Asís, el cual combinado con más de 30 grados centígrados y camisa abotonada hasta el cuello era una tortura. Sofocada repasaba su triste existencia, marcada por un camino lleno de dolor y sacrificio que esperaba nunca recorrer.

Entró por la ventana una brisa fresca que me hizo despertar. En silencio, oculté el libro y saqué de mi bolsillo un pequeño espejo con mango de carey, lo puse frente a mí y vi el reflejo de un rostro envejecido. Sobresaltada, atravesé la sala, arrojé lejos el vestido de paño negro, desabotoné mi camisa, me liberé de las medias de lana y de los pesados zapatos, y ante la mirada atónita de mis tías y las súplicas de mi abuela abrí la nevera, metí las manos en el postre, me atiborré de esponjado, salí al patio, subí al árbol, tomé la primera naranja y me lancé en la quebrada que desfilaba en medio de los ciruelos.

Detrás corrían todos mis primos, quienes alegres celebraban mi primer grito de libertad agitando sus camisas y corbatas al viento. Absorta, disfrutaba de la frescura del agua en mi cuerpo mientras esperaba con ansias los primeros signos de mi mutación.

LETRA DE CAMBIO

Observo desde el sofá el movimiento del sobre cuando es deslizado por debajo de la puerta. Escucho atenta los pasos del mensajero que se aleja mientras trato de adivinar la procedencia de aquella carta; a simple vista no presenta ninguna señal particular que revele su origen. Camino hasta la puerta y sin inclinarme reconozco los trazos de una caligrafía impecable, ondulantes letras dibujadas sobre papel blanco, trazos perfectos y estudiados componen un conjunto armónico. Tomo el misterioso sobre, lo acaricio suavemente con la punta de los dedos, cierro los ojos y siento la progresiva aceleración del pulso y una súbita ansiedad que altera mi aparente calma. Trato de controlarme, olvido la carta encima de una mesa y camino hasta el estudio para continuar mi labor.

Recuerdo mis años de infancia, cuando jugaba a las escondidas y elegía el estudio como guarida favorita, me embelesaba tanto con los libros que papá guardaba en el altillo que olvidaba a mis amigos y me refugiaba en las historias de Hans Cristian Anderson o de los Hermanos Grimm. Debo confesar que sufrí con la cenicienta cuando perdió su zapatilla de cristal, me hice socia de las barras bravas de los siete enanos de Blancanieves, amiga inseparable de Hansel y Gretel y fanática vergonzante del lobo feroz en contra de Caperucita Roja, quien nunca despertó mi simpatía.

Gracias a las escondidas encontré entre las divisiones de roble el mundo de la escritura, me apasionaba tomar los libros y acariciar sus páginas, embriagarme con el olor de sus hojas y la delicadeza de las ilustraciones, pero sobre todo me seducía observar las formas de las letras, sus redondeces y ángulos así como sus trazos, las inclinaciones y adornos de cada una de ellas.

En secreto copiaba en cuadernos y hojas sueltas las letras que más me deslumbraban, engolosinada recorría con lápices de colores las redondeces de algunas vocales y los diversos ángulos de las consonantes, la alegre coquetería de la S, el aire franciscano de la i, la elegancia de la J o la versatilidad de la W. En mis años escolares ocupé el primer lugar en caligrafía y el último en matemáticas, me entretenía tanto adornando los signos de las cuatro operaciones que olvidaba sumar y restar así que en vez de un resultado numérico, escribía la letra que más combinara con el ejercicio. Nunca fui tutora en matemáticas, pero escribía las cartas de amor de mis amigas e imprimía mensajes secretos en cada una de las letras que esperaba descifrarán su destinatarios.

Al terminar el colegio y consciente de esta habilidad, inicié estudios en grafología con el interés de descubrir secretos en las particularidades de cada una de las letras. Poco a poco me adentré en el fascinante mundo de los signos y conocí los rasgos de cada uno de sus trazos, leía con avidez sobre el grado de inclinación,

su altura, el espacio entre renglones, letras y palabras y la forma de ligarse o desligarse. Durante algún tiempo mis padres fueron blanco de mis prácticas, cada vez que llegaba su correspondencia me armaba de lupa, lápiz y papel e intentaba descifrar algunos de sus más íntimos secretos observando las márgenes, la distancia entre renglón y renglón, entre palabra y palabra, entre letra y letra, si estaban inclinadas hacia la derecha o hacia la izquierda, la dirección de las líneas y la presión del bolígrafo o la pluma al escribir cada frase.

El timbre de la puerta me enfrenta de nuevo a los retos de la vida de soltera, observo a través de la mirilla la cara del hombre que trae el domicilio que ordené. Abro la puerta y recibo una caja humeante de pizza napolitana con porción extra de queso, voy a la cocina y me sirvo un vaso de agua mineral para equilibrar la dieta, pero cuando voy a dar el primer mordisco un objeto atrae mi atención. Es la carta que dejé sobre la mesa, trato de ignorarla pero su presencia es tan fuerte que no puedo olvidarla. Me levanto, la arrojo en un revistero y me concentro en la cena

Después de un par de mordiscos dejó la pizza a un lado y busco entre los periódicos y revistas viejas la causa de mi zozobra. Mis manos tiemblan y un escalofrío recorre mi espalda, por fin recupero el sobre pero no me atrevo a mirarlo, acaricio el papel suave como la seda y traigo a mi memoria el día que lo conocí. Era el estreno de una película de Almodóvar, tropezamos en la fila y

cruzamos un par de palabras y sin timidez me entregó una tarjeta con su nombre y número telefónico que guardé sin interés en uno de mis bolsillos. Al llegar a casa no pude evitar la curiosidad y saqué la tarjeta para analizar su letra cursiva, las huellas de un hombre inteligente y seductor pero profundamente egoísta aparecieron ante mí.

Dos semanas después le llamé y nos pusimos una cita en un salón de onces, me cautivaron su mirada y la manera de mover las manos al hablar, pero sobre todo me enamoré de su letra, de la pasión con que dibujaba las mayúsculas y en particular los arabescos con los que adornaba las últimas letras del alfabeto.

Hace frío, me siento como caperucita roja, sola en el bosque y sin el lobo asediando. Evoco los días más felices de mi relación, como cuando pasamos nuestra primera navidad juntos, y los más tristes cuando me anunció su partida unas horas antes de viajar al Medio Oriente, esa tarde sentí como caían una a una las letras de la palabra amor y se transformaban en caligrafía ilegible, imposible de entender. Fueron semanas interminables esperando alguna señal, alguna luz que le devolviera el rumbo a mis emociones, pero el amor que sentía por si mismo le impedía pensar en mí; al fin entendí que mi esperanza era absurda y me concentré en seguir viviendo.

Ya perdí la cuenta de cuánto tiempo pasó desde aquella despedida, aún conservo el brillo en la mirada aunque mis ojos están surcados por algunas arrugas, mis manos permanecen firmes pero ya se notan los signos de la madurez y dudo que en este momento mi corazón esté funcionando correctamente por la leve taquicardia que insinúan mis palpitaciones.

Con una gran dosis de ansiedad y una pizca de decisión acerco el sobre y leo mi nombre y dirección escrita con tinta azul oscura, no me sorprende al descubrir en su grafía los rastros de un hombre solitario y melancólico, aunque apasionado y aventurero. La inclinación y redondez de la caligrafía me deja ver su lado más oscuro y enigmático; conserva su personalidad el toque de misterio que me enamoró, así como la ingenua generosidad de la que nunca alardeaba. El espacio entre las letras y la presión de la pluma sobre el papel revelan una inteligencia mordaz y un gran conversador, pero por sus trazos reconozco con tristeza que sigue siendo jugador empedernido y un pésimo perdedor.

Exaltada intento abrir el sobre, pero la sensatez que aún conservo me susurra al oído que ya no es tiempo de exhumar las penas. Subo al altillo y me despido definitivamente de mi angustia guardando entre las hojas del Algebra de Baldor, que aún conservo como uno de los ladrillos que adornan la biblioteca, el sobre sellado para confinarlo en medio de las ecuaciones y los teoremas que nunca supe resolver

RETRATO FAMILIAR.

Con plena lucidez y perfecto dominio de sus facultades, la abuela era presa de dolores agudos en la espalda, insuficiencia respiratoria, sudor en las manos y otros males y síntomas que aparecían y desaparecían según llegaban y se despedían las prometidas de su hijo José y los pretendientes de sus dos hermanas mujeres. A pesar de los rumores la abuela no perdió la razón, cuando estuvo más cerca de perderla fue el día que se desvanecieron las esperanzas de reencontrar su único amor, que una mañana, sin más explicaciones y luego de tomar el habitual desayuno, se despidió como de costumbre con un beso en sus labios y se perdió para siempre en el camino esbozando una leve sonrisa.

Fue así como la vida amorosa de mi padre y mis dos tías se jugó al azar entre intensos dolores de cabeza y retorcijones de estómago cuando era manifiesta la antipatía de la abuela, o con grandes expresiones de afecto si el candidato reunía todas las cualidades para hacer parte de la familia; era en estas ocasiones, cuando la abuela recuperaba el aliento y se entregaba a las artes culinarias más delicadas para sellar con un banquete el compromiso.

Durante años presencié como las mujeres de la familia depositaban en las reacciones físicas y gastronómicas de la abuela el destino de sus amoríos. La que mejor suerte corrió fue la tía Lucrecia, quien a pesar de sus variados pretendientes y múltiples esfuerzos jamás obtuvo un gesto de aprobación, por el contrario, cada vez que llegaba a casa un aspirante, la abuela era presa de alucinaciones e inexplicables ataques de asma que sólo desaparecían mientras se alejaba el pretendiente. Cansada de intentarlo, la tía Lucrecia se conformó con la felicidad que le proporcionaban las novelas mexicanas y el placer de asistir furtivamente a la iglesia cada vez que se anunciaba un matrimonio, se ocultaba detrás de las columnas y compartía la ansiedad del novio esperando la llegada de su prometida.

El caso de la Tía Justina fue aún más insólito, al aparecer de la mano de un forastero, sin encanto aparente y desprovisto de toda fortuna, la abuela olvidó el ataque de tos que le produjo el último amor de tía Lucrecia y lució su mejor sonrisa, al día siguiente preparó para el invitado chuleta de cerdo, papas gratinadas, arroz con verduras, jugo de badea y postre de maracuyá. Con un par de kilos encima y presionado por las constantes indirectas de la abuela, por fin puso fecha al compromiso y la tía Justina se casó con el hombre menos promisorio del pueblo, motivada por los palpitos de la abuela, revelaciones que concluyeron sin éxito para Justina quien un año después estaba de regreso en casa, delgada, ojerosa, con el equipaje al hombro y un niño entre sus brazos.

Sería injusto no mencionar a mi padre, quien víctima de los presentimientos de mi abuela, terminó cortejando y casándose con la hija del Alcalde del pueblo, una sumisa y amorosa mujer que siempre se debatió entre el afecto de la abuela y la indiferencia de mi padre. No recuerdo ningún gesto amoroso entre ellos, jamás se tomaban de la mano y nunca se miraban a los ojos. Con el paso del tiempo, la relación fue tan distante que mi padre se instaló en el altillo de la casa y raras veces coincidían en algún pasillo.

Sin embargo tuve una infancia feliz, siempre objeto de atenciones y mimos por parte de todos los miembros de la familia y especialmente de mi abuela, quien siempre me hacía reír con sus historias y me compartía sus secretos culinarios. Creamos una relación tan estrecha que a los ocho años me instale definitivamente en su habitación, donde me sentía libre y feliz. Eran días radiantes, siempre protegida por su figura e inmune a los celos de mi tía Lucrecia que no sabía qué hacer para llamar su atención. No existía novela mexicana o drama familiar que superara mis encantos infantiles, andaba prendida de su falda, la seguía a todas partes y cuando no estábamos juntas podía adivinar en qué lugar se encontraba, pues percibía en la distancia su olor a naranja y manjarblanco.

Cada día nuestro vínculo se hacía más fuerte, de adolescente y ya consciente de sus tretas, me convertí en albacea de sus artificios, la secundaba con gritos y lloriqueos cada vez que una de mis primas aparecía con algún muchacho y

víctima del pánico anunciaba que la abuela estaba siendo presa de algún nuevo espasmo o convulsión.

Nunca tuve el cariño de mis primas y no esperaba merecerlo, ahora cuando nos encontramos frente al ataúd de la abuela, siento sus miradas acusadoras y encuentro en cada condolencia las huellas del resentimiento. Me aparto de ellas y me uno las oraciones de un grupo de familiares que se agolpan alrededor del féretro, acaricio sus manos ya frías y dejo entre sus dedos la carta que nunca quiso leer y que recibí cientos de veces con el sello intacto.

Aún no logro recordar el momento exacto en que me enamoré, sin duda uno de los días más amargos para la abuela, quien por mi comportamiento y lealtad siempre estuvo segura de heredarme su legado. Durante semanas, llegue a casa más tarde y emocionada que de costumbre y ante sus preguntas inquisidoras siempre respondía con evasivas, la conocía lo suficiente como para compartir con ella mi secreto y era incapaz de soportar una escena teatral de la que no podría ser cómplice. Me debatí durante meses entre el amor maternal de la abuela y la pasión juvenil de Tomás.

Agotada y luego de noches de insomnio decidí confesarle la verdad. Era el cumpleaños de la tía Lucrecia, quien a pesar de sus achaques despertó ese día

con una repentina felicidad, recibió con agrado los besos y abrazos y se divirtió con las bromas que hacíamos sobre su edad. Luego de cantar el happy birthay y mientras la abuela repartía el último trozo de ponqué, me acerqué dispuesta a confesarle la verdad pero al observar su frágil y diminuta figura, que empezaba a sufrir los estragos de un cáncer terminal, las palabras se enredaron junto con las lágrimas en mi garganta. Mis intenciones desaparecieron entre los trozos de nuez y la crema chantilly que se empezaban a deshacer en mi boca.

Aún así, sin haberme delatado, me asombró con su decisión inmodificable de no compartir conmigo su habitación; el anuncio me dejó perpleja pero no me atreví a preguntar. Despojada de mis privilegios me sentí como una extraña, toque con fuerza en su puerta pero ante mi insistencia sólo respondió el silencio. Esa noche no pude conciliar el sueño, esperé con ansias el amanecer para encontrarla en la cocina, pero no la vi sino hasta el día siguiente cuando me anunció que todo estaba dispuesto para que regresara a la ciudad antes del anochecer. No escuchó ninguna de mis explicaciones, dio la vuelta y permaneció ajena a los movimientos que se generaron con mi partida.

En la ciudad y sin mi abuela me sentí desamparada, aunque gozaba del amor de mis padres y la pasión de Tomás nunca pude superar su ausencia ni el dolor por no compartir con ella sus últimos años. Extrañaba su olor, sus palabras, sus ataques de tos y sus constantes vértigos. Esperaba con ansiedad las vacaciones

para verla de nuevo, pero ella siempre me evitaba y nunca más me permitió un abrazo. Entristecida por su silencio y consciente de que me afectaba profundamente su deterioro físico pero sobre todo su reacción, decidí alejarme y construir mi historia sin culpas ni remordimientos, lejos de sus pálpitos y con la libertad a flor de piel.

Al enterarme de su muerte aparenté indiferencia e inesperadamente me asaltó una tos persistente, un agudo dolor en el pecho y un ataque de hipoglucemia que nunca había padecido. Convaleciente empaque mi maleta y le escribí una última carta, le conté las razones de mi decisión, el fulminante impacto que me produjo su silencio y el dolor que padecí por su enfermedad, le confesé mi fracaso amoroso, le pedí perdón por no conservar su legado y me lamenté por el tiempo perdido. Finalmente y como un homenaje a su memoria le prometí conservar mi soltería e instalarme de nuevo en su habitación.

Ahora estoy frente a ella, ajena a los rezos y lloriqueos de mis tías, a los comentarios malintencionados de mis primas, a la lluvia que repica contra las ventanas, al abrazo de papá, al perro que ladra en la vecindad. Es mi último momento junto a ella, cierro los ojos y percibo cómo su olor a naranja y manjarblanco está más vivo que nunca en mi memoria.

LA VISITA

Aquí estoy... otro fin de semana en el parque, o mejor aún, en la zona verde anexa al condominio. Estoy disfrazado con una holgada sudadera ceñida en el vientre y zapatos de caucho que hacen juego con el traje juvenil. Las prendas deportivas me pesan tanto como mis años con sus males, que ya son muchos, para oponerme a los gustos estrafalarios de las enfermeras que me cuidan.

A mi edad ya son visibles las señales de mi rostro, los surcos de las arrugas que se acentúan en la frente, la mirada torva y en general la ira contenida en mi semblante. Me acompaña Midas, un perro que hace parte de mi atuendo, es bravo, le ladra a todo el mundo como yo quisiera hacerlo, pero no asusta a nadie... se parece a mí. Me gusta su aspecto, es pequeño pero arrogante, el pelaje claro contrasta con su cara cubierta por una máscara negra, ojos saltones, orejas pequeñas y aterciopeladas y una cola que siempre permanece enroscada.

Alguien se aproxima, es la dueña del perro que mira para uno y otro lado dando la impresión de estar pérdida. Viste con la frescura y la comodidad de un corte apropiado para el clima: gafas oscuras, camisilla rosa sin mangas, pantalón beige

y cómodas sandalias de cuero. El que desentona soy yo, aunque quizás mi facha es la más apropiada para sacar la mascota a pasear.

Se acerca lentamente, da pequeños pasos mientras observa con interés el panorama: Un amplio jardín cercado por arbustos cuidadosamente podados, flores de diversos colores y algunas sillas y mesas de madera estratégicamente ubicadas a la sombra de los árboles más frondosos. Trato de escapar de su mirada y me concentro en los movimientos del perro, me camuflé entre la multitud, parece que es imposible no verla.

II

Papá finge no verme, por un instante pensé que me rehuía pero reconozco sus señas, nuestros diálogos son gestuales aunque sin la versatilidad del abecedario de las manos. El leve roce de los dedos, una mirada, el ritmo de la respiración son suficientes para comprender nuestro vocabulario.

Puedo adivinar su disgusto, yo misma lo sentí cuando lo vi así vestido, me lo hizo saber cuándo cambió la silla que habitualmente ocupamos a esta hora de la tarde. Me ignora mientras consigo recuperar su confianza, mantendrá la mirada ausente

y el cuerpo rígido, imperturbable frente a mi sonrisa y al abrazo con el que rodeo su espalda.

¿ Hoy sabrá quién soy?, soy la que extiende la mano abierta como gesto de reconciliación mientras Midas oficia como el árbitro que nos separa y mueve su cola a uno y otro lado. Permanezco con la mano extendida hasta que comprendo la inutilidad de mi seña, la dejo caer sobre mis rodillas y trato de descubrir en su indiferencia algún signo que me permita saber que aún hago parte de su memoria, que a pesar del tiempo conserva un sutil recuerdo de mi amor.

Lo contemplo en silencio mientras su mirada se pierde entre la multitud, no puedo adivinar lo que piensa pero reconozco en su gesto un signo de altivez que riñe con la sudadera que lleva puesta. Imagino su molestia, nunca la usó ni para ir al supermercado, espero recompensarlo y traerle el próximo domingo la licorera forrada en cuero que tanto le gustaba.

III

Ella vino avanzando y retrocediendo como un cazador furtivo en busca de su presa. Cómo le luce ese traje claro. Es bonita ¿cierto? Y huele rico con esa fragancia que me recuerda frutas exóticas. Ojalá mantenga más tiempo su brazo

sobre mis hombros y comprenda que no me es posible tomar su mano como quisiera hacerlo y mucho menos permitir que se desprenda la lagrima que humedece mis ojos.

Observo a Midas mientras juguetea con un cordón suelto de mi zapato, levanto la vista y descubro un grupo de ancianos envueltos en camisas de colores que se entretienen con un juego de mesa. Los colores fuertes riñen con el buen gusto, así como las sudaderas y los zapatos deportivos, pero muchas veces lo olvido y termino obedeciendo como un niño las instrucciones de la enfermera de turno. Es tarde, quisiera poder disfrutar de una copa de vino y fumar un puro cubano, pero tal vez recibiré una copa de agua y una variada dosis de pastillas para descansar.

Miro de reojo a la desconocida que está a mi lado, sus manos acarician la pequeña cabeza del perro y este responde con un gruñido, al igual que a mí no le gustan los extraños.

IV

Oscurece, debo irme y el debe quedarse. Vendré como de costumbre la próxima semana y como he ordenado le veré con su traje blanco de lino, camisa de manga corta con bolsillo al costado, amplio pantalón, y cómodos zapatos de piel

de becerro. Ojalá recuerde mi nombre, ver cómo sus ojos me miran con desdén me llena de tristeza, su gesto severo me recuerda los últimos días de mi madre y los más tristes de nuestra existencia. No sé si lo olvidó, pero solíamos sentarnos frente al jardín de la casa y conversar sobre sus viajes, ahora apenas me saluda y difícilmente encuentro en su memoria algún recuerdo que le permita abrazarme como antes.

Me acerco con cuidado y lo beso en la mejilla, dejo entre sus manos una edición de lujo de las obras de Shakespeare así como la caja de chocolates suizos que tanto le gustan. Espero que su sabor le traiga a la memoria el recuerdo de nuestras navidades juntos, cuando al calor de la chimenea me observaba destapar los regalos mientras saboreaba los chocolates amargos que cada año traía desde Berna. Se acerca la enfermera, papá la toma del brazo y se aparta sin despedirse, lo veo alejarse mientras guardo la esperanza de una última mirada.

V

Por fin se marcha, evito mirar hacia atrás para no encontrarme con los rasgos y gestos de un rostro desconocido. Algunas veces creo que la conozco, me recuerda sombras del pasado, instantes felices. Me sorprende que adivine mis

gustos y molestias aún sin hablar; todavía no comprendo el torbellino de sentimientos que se agitan en mi corazón cada vez que la veo.

Mientras avanzo entre el grupo de ancianos trato de retener su olor en mi memoria, su imagen frágil, su risa amplia, su andar de niña. Cierro los ojos y por un momento, como una estrella fugaz, aparece la imagen de una chiquilla que agarrada de mi mano insistía en visitar el zoológico.

La imagen se desvanece con el ruido que hace la llave al girar el picaporte. En la habitación por fin me despojo del espantoso atuendo, me dejo vestir con la pijama de seda que está sobre la cama y abro la caja de chocolates mientras me acomodo en el sofá de cuero que está junto a la ventana. Saboreo un trozo de nuez y acaricio las páginas que me enfrentan a la figura de Otelo mientras escucho los primeros acordes de una ópera de Giacomo Rossini, que termina por diluir los borrosos recuerdos que aún me quedan de la visita dominical.

EL FINAL DE UNA VISITA

“Creo que ahora tendré que pedir permiso para morir un poco. Con permiso ¿eh? No tardo. Gracias”, Dijo y con un gesto de despedida se puso de pie en medio del almuerzo, dando punto final al largo silencio que solía acompañar sus ceremoniales encuentros, una costumbre que juntos oficiaban como un rito cada fin de semana en la zona verde adecuada como jardín para darle al dispensario una apariencia bucólica.

Antonia no disimula el asombro frente a su velada ironía, como si cada una de sus palabras cargadas de vagas sugerencias, aludieran a las razones que seis años atrás la condujeran a ingresar a Félix al hospital para atender un examen de rutina al que no prestaron mayor importancia. Sin reponerse aún de su inusitada fluidez, recoge el mantel de cuadros rojos y deposita en la cesta de mimbre la botella vacía de vino tinto, la mitad de una torta de chocolate con pistachos y los restos de la tabla de quesos preparada para la ocasión.

No tarda mucho en ponerse a su lado, aminora el paso y repasa las señales de su rostro, la mirada pérdida y en general la dureza de sus facciones. La sudadera que

viste y los zapatos de goma, le pesan tanto como los años con sus quebrantos de salud, para oponerse a la disciplina de las enfermeras encargadas de su cuidado.

II

A Félix le da lo mismo quién le hace compañía, dejó de reconocer a Antonia cuando el mal avanzó como una tormenta que se llevó en su epicentro el pasado y con él la memoria que ahora aparece y desaparece como una estrella fugaz. A veces, de manera intermitente, una remota luz ilumina confusas sombras, ligeras siluetas que vociferan, callan, gesticulan y deambulan en una interminable secuencia.

Midas, la mascota fiel que siempre olvida, es un perro pequeño pero arrogante, ojos saltones, orejas pequeñas y una cola que siempre permanece enroscada. Le ladra a la luna y en general a todo el mundo, como él quisiera hacerlo, pero no asusta a nadie...se parecen.

III

Antonia presiente que la observa, que reconoce sus amorosos gestos, el leve roce de sus dedos sobre sus cabellos blancos. Cree o supone adivinar la indignación en la mirada ausente y el cuerpo rígido, imperturbable ante su sonrisa, al abrazo con el que rodea su espalda y al beso que aproxima a su rostro inmutable.

Félix no reacciona, pocas veces habla, dejó de hacerlo como en un día cualquiera alguien sin mayores anuncios decide privarse del placer de fumar y cumple su palabra con la mayor naturalidad, sin insinuar el menor sacrificio en apagar el cigarro, mientras retiene la última bocanada de humo que luego expele por boca y nariz sabiendo que será la última.

IV

Midas ladra y salta a la vez en pos de su propia sombra reflejada con los últimos rayos de sol. Inquieto, jadeando frente al inútil empeño por morder la proyección de su imagen sobre el césped, ocupa de nuevo su lugar mientras Antonia cubre el cuello de Félix con una bufanda de cachemir azul.

“¿Si existe el sentido de la realidad por que no puede existir el de la posibilidad”, se indaga abstraída en el bullicioso silencio que los une, en la ocasión de imaginar si su silente interlocutor observa a la chiquilla que insiste en visitar el zoológico, o tal vez a la adulta que acepta con resignación que esta será la última vez que lo rodeará con sus brazos y escuchará el sonido de su respiración.

La paranoia y el sentimiento de culpa la llenan de dudas, le hacen imaginar que Midas adivina sus secretas intenciones, que no lo son tanto, si alcanzara a comprender la condición humana, menos previsible que un desastre natural antes del cual algunas especies de animales alcanzan a anticipar su ocurrencia.

Aprovechará esta ocasión para ofrecerle la licorera forrada en cuero y vestirle con su atuendo preferido: traje blanco de lino, camisa de manga corta con bolsillo al costado, amplio pantalón de preses y cómodos zapatos de piel de becerro sobre los cuales Midas apoyará por última vez su pequeña cara achatada.

LA BUSETA Y EL VIOLONCELLO

Amanece, escucho entre sueños el ruido de tuercas y tornillos en la entrada de la casa, un sonido familiar para mis oídos. Es mi papá, quien como de costumbre, ajusta el radiador de su buseta antes de iniciar la ruta "Toberín- San Pablo" que cubre todos los días a las 4:00 de la mañana. Escondo mi cabeza entre la almohada y trato de dormir cinco minutos más pero el ruido del exhosto me obliga a levantarme. No sé por qué tengo que desperdiciar mis vacaciones como ayudante en "La Poderosa", en vez de recoger monedas y billetes durante horas me gustaría levantarme tarde, salir a jugar futbol con mis amigos del barrio y luego dedicarme a mis clases de música. Mi papá dice que la música no sirve para nada, que en vez de andar perdiendo el tiempo me dedique a aprender a manejar, que no quiere vagos en la casa.

Hace frio, pero aún así tengo que bañarme con agua helada. No me demoro más de cinco minutos, evito enjabonarme y siempre mojo mi cabeza para no levantar sospechas. Escucho su primer chillido, al tercer llamado debo estar listo para salir, tengo hambre espero que la abuela haya preparado algo. Mi abuela se llama Josefa, es viejísima, creo que tiene como sesenta años, siempre tiene puesto un delantal y pocas veces sonrío, esta triste desde que se fue mi mamá, yo también lo estoy, pero no puedo llorar soy el hombre de la casa.

Desayuno café con leche y pan, salgo corriendo al llamado del tercer chiflido, en la acera ya está la “Poderosa”, una buseta roja que parece tan vieja como la abuela, ocupo mi puesto al lado de la ventana, ahí viene mi papá viste una camisa blanca de manga corta y pantalón azul. Se acomoda frente al timón y sintoniza una emisora popular. Mientras nos alejamos, escucho los primeros sonos de un vallenato que mi papá sigue con emoción.

- Papá... ¿le gusta la música?
- A veces
- A mí me gusta mucho, cuando grande quiero ser músico
- ¿Otra vez con ese cuento? Usted lo que tiene que hacer es aprender a manejar, volverse un verraco.
- Pero yo no quiero aprender a manejar, yo lo que quiero es ser músico
- ¡Ya le dije que lo que usted tiene que hacer es aprender a manejar! Yo no voy a mantener vagos.

Permanezco en silencio mientras me esfuerzo por no llorar, abro la ventanilla y cierro los ojos mientras el frío viento de la mañana me despeina. Pienso en mi mamá, en su voz, en su manera cariñosa de hablar, fue ella quien, a pesar de los

gritos de mi papá, me inscribió en la escuela de música del barrio. No sé porque se fue y me dejó, aún recuerdo la mañana en que salió para nunca más volver, desde ese día mi papá prohibió mencionar su nombre.

Me concentro en recoger los billetes y monedas de los pasajeros, poco a poco la buseta se va llenando hasta que no le cabe una persona más, pero aún así mi papá sigue recogiendo gente, no le importa cuán apretados vayan, permanece arrugando la frente mientras ignora las quejas de los pasajeros. Lo observo mientras maneja, es barrigón y tiene las manos llenas de grasa, sobre sus piernas tiene una bayetilla roja que utiliza para limpiarse las manos y para secarse la frente cuando suda.

Cuando trabajo con mi papá nunca miro la hora, me concentro en imaginarme que soy yo quien mueve las manecillas del reloj, así se me pasa el tiempo más rápido. Hoy tengo clase de música, mi papá nunca quiere dejarme ir, si no fuera porque la abuela siempre lo convence, estaría sentado en la Poderosa durante todo el día, escuchando vallenatos, contando monedas y perdiendo el tiempo. A pesar de que pasamos mucho tiempo juntos, casi no hablamos, nunca se que decirle y a veces me entristece no saber de frenos y radiadores, por lo menos así encontraríamos un punto en común.

Son las doce, o por lo menos eso creo, pues hemos parqueado en el restaurante “La Pecosa”, mi papá apaga la buseta y baja de un salto. El plato del día es tan desalentador como el payaso descolorido que anuncia el menú: Sopa de pajarilla, arroz, pepinos con calabaza, guiso de cola, ensalada de remolacha y zanahoria, de sobremesa jugo de curuba en leche. Sin masticar, paso con grandes sorbos de jugo algunas cucharadas de sopa mezclada con arroz y pepinos.

- ¡Pero mastique que nadie le va a quitar!
- Es que de pronto se me hace tarde
- ¿Tarde para qué?
- Para la clase de música, mi abuela me dio permiso
- El que da los permisos soy yo, a partir de hoy va a aprender pero a manejar. El hijo de don Próspero le va a enseñar
- ¡Pero papá, yo no quiero manejar buseta!
- ¡Y yo no quiero tener vagos en la casa, se lo he dicho mil veces!
- Yo no soy un vago, siempre le ayudo, por favor déjeme ir
- ¡Ya le dije que no! O es que necesita un juetazo para que entienda!

Aprieto mis puños debajo de la mesa, odio los pepinos, el jugo de curuba, el payaso, la vieja pecosa que sirve el jugo en vasos de plásticos, odio al mecánico que come en la mesa de al lado, odio a mi papá y a su Poderosa.

Me quedo sentado en una silla de madera mientras mi papá se entretiene jugando tejo con sus amigos, cruzo los dedos para que algún tejo se desvíe y me pegue en la cabeza, así tendría una excusa para salir de allí, pero no pasa nada, todos siguen tomando cerveza y contando chistes. Aprovecho el descuido de todos y con el pretexto de ir al baño salgo a la calle. Atravieso corriendo la avenida, el tal hijo de don Próspero se va a quedar con los crespos hechos, que se busque otro para enseñarle a manejar, que se vaya con su ruido a otra parte.

Por fin llego a la escuela de música, la clase ya ha empezado, pero no importa, busco un lugar y trato de concentrarme en el sonido de las notas musicales. Me gusta el olor a madera de los pisos recién encerados, las sillas adornadas con cojines de diferentes colores, el tablero verde y las tizas azules y rojas, la forma de las corcheas y las semicorcheas bailando en el pentagrama dibujado sobre el tablero.

Me suena el estómago, siempre pasa cuando estoy nervioso, me da miedo pensar en mi papá y en su cinturón de cuero, aún tengo las marcas que me dejó la semana pasada cuando perdí un billete de 20 mil pesos. Ojalá algún día me escuche y entienda que no quiero ser como él, que no me gusta manejar, que no me gustan los repuestos, que detesto levantarme a las 4:00 de la mañana en vacaciones, que preferiría que no jugara tejo ni tomara cerveza todos los días, así de pronto mi mamá volvería otra vez.

El profesor Ernesto nos ha preparado para hoy una clase especial, cada uno puede escoger entre varios instrumentos, a mí el que más me gusta es el violonchelo, porque tiene un nombre raro y es casi tan alto como yo. Creo que nos vemos bien juntos. Escucho un pito, me asomo a la ventana y veo a la Poderosa, mi papá está furioso y viene por mí. Siento cosquillas en la espalda y mis manos empiezan a sudar, busco algún lugar para esconderme pero lo único que hago es ocultarme detrás del profesor. Mi papá está buscándome, grita mi nombre pero yo no salgo, el profesor sin saber que hacer lo saluda

- Cómo le va señor, mi nombre es Ernesto y soy el profesor de música
- ¡Qué buenas tardes ni que nada, donde está Pedro Pablo!
- Tranquilícese, el muchacho no está haciendo nada malo

Mi papá me jala de un brazo y me zangolotea en frente de todos, no quiero llorar pero me apreta tan fuerte que siento que los ojos se me llenan de agua

- ¡Chino pendejo! ¿Usted cree que yo estoy pintado en la pared?, ¿Qué le dije que tenía que hacer? Hoy si se gana su pela!
- Señor, disculpe, pero Pedro Pablo tiene talento, es muy bueno para la música, debería escucharlo

- Qué música ni que talento! Usted no hace sino perjudicarme el muchacho. Y usted don Pedro Pablo, no me vuelve más por acá, ¿entendió? ¡Y deje de llorar como una nena!

No puedo hablar, mi papá me saca a gritos y coscorriones, todos me miran, no puedo despedirme de nadie. Camino hacia la Poderosa mientras imagino la correa de cuero café colgada detrás de la puerta. Durante todo el recorrido mi papá me grita, pero yo trato de pensar en otra cosa y cuento los perros que caminan por la calle, los clasifico por colores, por tamaño y hasta le pongo nombres: Caíser al de pelo amarillo y patas negras, Guardián al de orejas largas y Motas al de pelo blanco y crespo.

Llegamos a casa, mi papá me baja de un empujón y me sostiene con fuerza mientras busca la correa de cuero, cierro los ojos y preparo mis piernas para el primer correazo que siento como miles de agujas clavándose en mi piel. Después de cinco correazos mi papá se acomoda la camisa dentro del pantalón, tira la correa al suelo y me advierte que no puedo volver a las clases de música.

¿Ya le quedó clarito no? ¡De ahora en adelante se me dedica a aprender a manejar! Lo que yo necesito es que empiece a producir. Y si le gusta tanto la música, pues escúchela en la buseta.

Escucho un ruido, es mi abuela que acaba de llegar, no sé porque la gente aparece cuando uno ya no la necesita. Ojalá no me encuentre, no tengo ganas de hablar, lo único que quiero hacer es pensar en cómo salir de este lugar; no tengo muchas opciones pues mis hermanos mayores manejan tractomula y nunca los veo, mi tía Inés siempre está de malgenio y mis amigos son tan chismosos que no podrían guardar el secreto. Trato de pensar, pero estoy tan cansado que cierro los ojos y sueño con mi estreno como solista, me observo de pie sosteniendo el violonchelo mientras escucho los aplausos del público. Entre la multitud, reconozco una figura que agita entre sus manos una correa de cuero, es mi papá, no puedo creer que haya llegado hasta acá. Sin saber cómo, su correa se desvanece y aparece en su lugar la bayetilla roja. Ya no tengo miedo, pues es en ese momento cuando....

- Pedro Pablo, hijo, despierte que es hora de la comida.

EL CUENTITO FEO

Había una vez, un rey muy sabio que soñaba levantar en medio de los jardines de su palacio una imponente biblioteca para alojar su colección de cuentos y relatos acumulados durante años de viajes y conquistas a tierras y parajes lejanos. Como los deseos del rey eran órdenes, los arquitectos del reino trabajaron día y noche en los más hermosos diseños para complacer a su majestad. Construcciones de acero, mármol y plata desfilaron por los ojos del monarca hasta que se decidió por una estructura de granito con incrustaciones de oro y piedras preciosas.

Los anaqueles fueron encargados a los artesanos más virtuosos del reino, quienes tallaron delicadas estanterías de cedro y roble donde fueron organizados por su tamaño, libros de los más diversos temas y autores. Los de mayor formato ocupaban el lado derecho de las repisas, mientras que los medianos se ubicaban en la mitad y los más pequeños al extremo de la fila en riguroso orden.

Esta colección incluía cuentos muy populares y reconocidos por su perfección: El Escarabajo de Oro de Edgar Allan Poe, El príncipe feliz de Oscar Wilde, Los Asesinos de Ernest Hemingway, La Dama del Perrito de Anton Chejov, Wakefield

de Nathaniel Hawthorne, Bartleby de Herman Melville y Bola de Sebo de Guy de Maupasant, por mencionar sólo algunos. También se destacaba el grupo de los cuentos fantásticos, que asombraban por su manera de presentar los hechos, entre los que se contaban la Casa Tomada de Julio Cortazar, La pata de mono de W. W. Jacobs, El Guardagujas de Juan José Arreola, El corazón delator de Edgar Allan Poe y El inmortal de Jorge Luis Borges.

Imposible no detenerse en los cuentos de fantasía, los cuales hacían gala de su belleza y colorido con relatos como La Bella Durmiente, la Cenicienta, El Flautista de Hamelin, Rapunzel y la Sirenita entre muchos otros. También se destacaban los relatos de Katherine Mansfield, Ruyard Kipling, Clarice Lispector, Horacio Quiroga, Juan Rulfo, Julio Ramón Riveiro, Raymond Carver, Franz Kafka y Yukio Mishima.

Cada mañana el lugar recibía la visita de los herederos del rey y sus amigos, quienes recorrían cada uno de los pasillos descubriendo entre las naves de madera historias maravillosas. Durante estas jornadas, los libros salían de la comodidad de los anaqueles y se entregaban sin remilgos a sus lectores, quienes deslizaban con curiosidad sus dedos por las tapas, lomos y hojas de las más diversas calidades y gramajes.

En la noche los libros abandonaban las estanterías y se reunían en pequeños grupos para conversar y compartir sus más íntimos secretos: desde el tono de sus historias hasta la construcción de los personajes. Había que escuchar a los cuentos de Chevoj conversando con los de Maupassant, o a los cuentos de Hans Cristian Anderson dialogando con los relatos de los Hermanos Grimm.

Pasaban las horas polemizando sobre la voz narrativa, la atmósfera, la verosimilitud, el punto de giro, el ritmo, el lenguaje y los signos de puntuación. Eran tan animadas las tertulias que perdían la noción del tiempo y regresaban a sus lugares minutos antes del amanecer, justo a tiempo para recibir las caricias del plumero que espantaba con suavidad el polvo acumulado entre sus hojas.

Pero entre tantos autores e impecables narraciones había un cuentito que siempre permanecía confinado en un oscuro rincón, temeroso y con las puntas de las solapas dobladas a causa de las burlas de sus compañeros quienes lo señalaban de frágil, feo y aburrido. Como siempre estaba solo, el cuentito revisaba una y otra vez sus páginas esperando descubrir en ellas la causa de sus tristezas que no sabía si atribuir a sus personajes, a la atmósfera o al punto de vista. Recordaba cómo su autor, un joven apasionado que iniciaba su carrera como escritor, había garabateado durante días en un block de hojas blancas hasta darle forma a una idea que poco a poco fue modelando. El cuentito pasó días y noches atrapado entre el cartucho de tinta, hasta que por fin pudo ver la luz. Luego de su

alumbramiento fue visitado muchas veces por su progenitor, quien pasaba días y noches alimentándolo con puntos y comas.

Su vida juntos terminó cuando irrumpió en la ciudad la caravana del emperador, quien arribó con su séquito en busca de nuevo material para su biblioteca. El joven autor pensó que era una maravillosa oportunidad para su libro, salió a la calle principal y se abrió paso entre la multitud hasta que logró ubicarse al lado de uno de los soldados reales. Recurrió a toda su capacidad histriónica hasta que el monarca, que era un hombre bondadoso, detuvo la marcha y le concedió un minuto, tiempo suficiente para saludarlo con una reverencia y entregarle el pequeño libro. El emperador examinó la textura de la tapa, la calidad del papel y los bordes dorados de las letras mientras que el joven le revelaba su deseo; conmovido por sus palabras el emperador se comprometió a incluir el libro entre su colección. El joven se despidió con nostalgia, pero pronto emprendió una aventura novelística y olvidó para siempre al cuentito entre los anaqueles de la biblioteca recién construida

A pesar de la adversidad el cuentito trataba de sonreír, daba muestras de amabilidad y cortesía a pesar de los agravios. Durante el día se esforzaba inútilmente por llamar la atención, deslizándose de su lugar hasta caer a los pies de algún posible lector o despidiendo un dulce olor a tinta fresca que salía de las hojas de papel bond aún intactas. En las noches trataba de integrarse tímidamente

a las conversaciones, pero sus comentarios nunca eran tenidos en cuenta y no recibía más que codazos para que guardara silencio. Triste y decepcionado, se alejaba del grupo y maldecía a su joven autor a quien terminó culpando por la falta de rigor así como por el descuido en la construcción de las frases y la falta de originalidad en los diálogos. Lloraba amargamente hasta el amanecer. Los días parecían calcados con papel mantequilla: las mismas líneas grises repitiéndose día tras día.

Cuando el cuentito pensaba que ya nada podía empeorar, la biblioteca recibió la visita de un grupo de estudiantes extranjeros quienes fueron autorizados a recorrer cada uno de los pasillos. Aparentemente todo transcurría con normalidad: las risas y cuchicheos colándose por los rincones, el eco de los pasos, el olor a tajalápiz y el sonido de las hojas al pasar, mientras el cuentito permanecía solo y aburrido en su rincón. Sin esperarlo, fue tomado bruscamente por las manos de un estudiante pelirrojo, el lomo le empezó a latir con fuerza, las letras respiraban aceleradamente y las hojas le sudaban de emoción.

El muchacho permaneció con el libro entre sus manos por varios segundos, examinó sin interés su tapa, pasó cinco o seis páginas sin siquiera leerlas y aburrido tomó un lápiz y como un espadachín arremetió contra las hojas. Círculos, cuadrados, triángulos y una variedad de figuras geométricas mancharon su piel, fueron minutos de indescriptible sufrimiento hasta que por fin el arma de su

agresor, un lápiz HB, se detuvo por falta de punta. El tajalápiz, movido por un sentimiento de piedad, se negó a participar y argumentó una repentina falta de filo en sus cuchillas. Aburrido, el pelirrojo arrancó de un solo tajo las primeras hojas y construyó con ellas tres barcos de papel, que ocultaron para siempre los sueños de un prólogo escrito a medianoche.

Herido de muerte, el cuentito permaneció sollozando hasta que terminó la jornada. El bibliotecario tomó los libros dispersos en las mesas y los ubicó en sus lugares habituales; al cuentito le correspondió uno de los rincones más olvidados, pues el funcionario, a pesar de ser un gran lector, no sentía curiosidad por otras novelas y relatos que no respondieran a su gusto por los clásicos.

A pesar de su desgracia no recibió muestras de solidaridad, los demás libros evitaban mirarle, fingían que no estaba y se concentraban en sus conversaciones. Sin embargo el cuentito insistía en sobrevivir, a pesar del sufrimiento tomaba valor y se arriesgaba nuevamente a caer a los pies de algún lector exponiéndose a sufrir los ataques de un dibujante en ciernes o de un experto en origami. Acostumbrado a la rutina de sus malabares, una tarde cayó por azar a los pies del emperador quien ocasionalmente recorría cada pasillo de la biblioteca. Con un rápido movimiento levantó el libro y observó las letras doradas de la tapa, no sabía cómo ni dónde lo había adquirido pero lleno de curiosidad se sentó en una de las mesas y lo leyó en voz alta. Con el lomo henchido de felicidad, el cuentito se

entregó sin temor y permitió que sus líneas recorrieran la anatomía del emperador: los personajes nadaron por el sistema circulatorio hasta descubrir el corazón, el lenguaje recorrió las arterias y alcanzó el hemisferio izquierdo del cerebro y los signos de puntuación caminaron por el sistema nervioso sin alterarlo.

Al terminar su lectura, el emperador reconoció en el cuentito virtudes que no había encontrado en otro relato, admiró la originalidad de su lenguaje, la profundidad de sus personajes y hasta celebró la ausencia del prólogo, lectura que reservaba exclusivamente para los autores famosos. Impresionado por su belleza decidió convertirlo en uno de sus libros de cabecera y ante el asombro de sus compañeros, el cuentito salió del brazo del emperador quien a partir de ese día lo leyó tantas veces que se lo aprendió de memoria.

Fue así como el cuentito dejó atrás la tristeza y abandonó el oscuro rincón, sus virtudes corrieron de boca en boca y su fama se extendió por todos los rincones hasta llegar a los lugares más fastuosos de la biblioteca, donde a la luz de los acontecimientos sus inquilinos más célebres ponían en duda que Rudyard Kipling hubiese escrito ***El cuento más hermoso del mundo***

EL VIAJE

Los hechos para que sean reales deben ocurrir. Ligera afirmación a la que suelo remitirme para explicar lo que me parece imposible, que no lo es tanto cuando constatamos como actores de reparto el papel de mudos testigos de hechos infrecuentes, qué sin embargo ocurren en medio de la cotidianidad.

Los sucesos se desencadenaron de manera tan vertiginosa como se desarrolla la trama en las series de los superhéroes. Vestirme para la ocasión, guardando riguroso luto, fue un cambio extremo ejecutado con el mismo sigilo que se toma el multimillonario Bruce Wayne para asumir la personalidad de Batman y atender una emergencia en Ciudad Gótica.

Vestido con un traje negro comprado a última hora y aturdido por el abrupto desenlace, enmudecía al lado de los demás familiares, amigos y acudientes que acompañaban las honras fúnebres previas a la cremación. Aún guardaba en mi memoria las imágenes del día anterior, cuando nos reunimos para celebrar el tradicional día de la madre junto con mi hermano y mi padre, quien como de costumbre eligió un restaurante de comida internacional en las afueras de la ciudad.

A pesar de que la reserva fue hecha con quince días de anterioridad, esperando así exorcizar años de malas experiencias que incluían filas interminables, menús desabridos y pésimos meseros, mi padre insistió en salir de casa con dos horas de anticipación para evitar contratiempos. Treinta minutos después, luego de atravesar la autopista que conectaba con los municipios aledaños, tomamos un camino polvoriento que conducía al Cerrito, un pueblo cercado por árboles que daban sombra a las casas que bordeaban la carretera. Hacían parte del paisaje algunas fincas a través de las cuales se observaban animales pastando y cultivos de rosas protegidos celosamente con techos de plástico. Al final de la carretera una caravana de ringletes verdes y amarillos nos dieron la bienvenida al restaurante, un lugar amplio y acogedor construido con piedras y madera.

No pude ocultar mi molestia al entrar al lugar y confirmar que no había mesas disponibles, a pesar de la reserva tuvimos que esperar durante más de una hora sentados en el bar del restaurante. Pese a la situación mi madre conservó la sonrisa e hizo gala de un excelente humor que combinaba con el traje rojo que lucía.

Por fin nos ubicamos en una mesa con vista a la montaña, mi madre aficionada a la comida de mar, pidió bocachico en salsa marinera y puré de papas con queso parmesano. Ahora no me es posible recordar el hilo de la conversación, tan sólo

su mirada perdida y el gesto desesperado que cubrió su rostro al atravesársele en su garganta una espina de pescado. En medio de la angustia y la impotencia la desmedida fuerza del golpe que mi hermano mayor descargó sobre la espalda de mamá, precipitó no sólo la expulsión de su prótesis dental sino quizás su último aliento. En medio de los gritos y los acordes del trío musical, llegó una ambulancia que se llevó ante la mirada estupefacta de los comensales el cuerpo ya sin vida de mi madre.

Adelantada en dos terceras partes la cinta de lo que parecía una película, intervino mi abuela Tránsito usurpando el papel protagónico al resto de la familia. A sus 80 años estaba por llegar en una flota que cubría la ruta Cali – Bogotá, a pesar de los ruegos para que tomara un vuelo comercial. Con éste sumaba su segundo viaje más largo, sin considerar las promesas que cumplía cada seis meses al Señor de los Milagros de Buga. Su primer viaje lo realizó a Ecuador en un recorrido por tierra que duró más de dos días, en ese periplo conoció el mar por invitación de Hermelinda, su hija menor casada con un ecuatoriano al que sólo aceptó como yerno cuando recibió por correo las fotografías en blanco y negro de su matrimonio por el rito católico. También en bus hizo el recorrido desde Guayaquil hasta un asentamiento de pescadores de donde era oriundo el ecuatoriano. En su rostro de rasgos indígenas nunca se marcaba un gesto amable, se me parecía a las mujeres de esas tribus vistas en las películas americanas, enigmáticas, inaccesibles, llenas de dudas y desconfianza, siempre con el hacha en la mano.

Regresó queriendo más al yerno, al que antes maldecía por haberse fugado con su hija menor, y con un gesto de agradecimiento por haber cumplido su deseo de bañar en las aguas del mar pacífico la imagen del Señor de los Milagros, una réplica en miniatura que había heredado de su madre y que guardaba envuelta en un pañuelo entre las tiras de su brasier.

Una comitiva fue a recogerla a la estación de buses del terminal, llegó sin rastro de cansancio, como si no hubiera recorrido miles de kilómetros, ataviada con un vestido de pequeños lunares blancos, un ajetreado bolso y una caja de cartón amarrada cuidadosamente con un grueso cordón negro. Tenía una figura inocente, casi infantil, que reñía con su carácter explosivo e irritable. En el camino y después de contestar las preguntas de rigor sobre su estado de salud, la abuela confesó haber tenido sueños en el infierno o en el purgatorio, no estaba segura de dónde provenían las llamas. Vio consumirse entre el fuego a Julia, mi madre, una de las tres hijas de su primer matrimonio, a quien al igual que Isabel y Amelia, había prometido enterrarla antes de su muerte.

Preguntó con insistencia si mamá se había confesado la semana previa a su muerte, si había comido carne durante la semana santa o si alguna vez había salido de casa sin persignarse. Por más que indagó no encontró motivos que explicaran su pesadilla, perdida en sus pensamientos guardó silencio durante todo el trayecto.

Al llegar a la iglesia avanzó entre familiares y amigos y llegó directo al féretro. Ignorando al sacerdote, que estaba por iniciar la ceremonia, levantó la tapa de madera, acarició las manos y el rostro ya frío de mi madre, organizó por última vez el cuello de su vestido azul y se despidió de ella con un beso en la frente. Con un gesto de caballerosidad me acerqué a ella y le ofrecí mi brazo, caminamos juntos hasta la primera fila de sillas donde permaneció con las manos entrecruzadas y los ojos cerrados hasta el final del sermón.

Para la cremación mi padre había elegido un lugar alejado de la ciudad. Era una construcción moderna, con amplios y cuidados jardines custodiados por la figura lánguida y gris de un desportillado ángel de piedra. Al fondo y separados por una cascada artificial se distinguían dos salones, decorados sobriamente con unas cortinas de velo y un crucifijo dorado en la pared.

La caravana de familiares y amigos que nos acompañaban empezó a reunirse en uno de los salones. La última en entrar fue la abuela Tránsito seguida por mi hermano mayor, quien víctima de un ataque de llanto se culpaba por la muerte de mi madre; la abuela lo consoló con un par de palmaditas en la mano pero evitó su abrazo, tal vez temiendo morir triturada entre sus brazos.

Luego de algunos minutos de oración y entre el llanto de mi padre, los gritos de mi hermano y los sollozos de mis tías fue avanzando el ataúd hacia una pequeña puerta en medio de la cual se podía ver el reflejo de pequeñas llamas azules. Sin entender lo que estaba a punto de suceder la abuela preguntó ¿Mijo para dónde se la llevan?, ante mi respuesta soltó la camándula y desesperada empezó a gritar, se aferró con fuerza al féretro para impedir que siguiera avanzando y lanzaba puños y patadas a quienes intentaban apartarla. Nos acusó de sacrílegos, desalmados y malagradecidos y exigió se detuviera semejante aberración, o de lo contrario, iban a ser dos muertas en vez de una.

Traté de explicarle que mi madre siempre había estado de acuerdo con la cremación y que si hubiera podido expresarlo esa hubiera sido su voluntad antes de morir, pero la abuela me calló diciendo que la voluntad de una muerta, muerta está y que gracias a Dios había llegado a tiempo para evitar que una parranda de locos acabara quemando el cuerpo de su hija. Nadie se atrevía a contradecirla, todos permanecían en sus lugares, quietos como el ángel de piedra que custodiaba la entrada.

Ante los lamentos y amenazas de la abuela mis tías dejaron de lado sus bolsos dispuestas a cargar sobre sus hombros la pesada carga, Movido más por vergüenza que por compasión, me ofrecí como ayudante junto con tres familiares que no pudieron ocultar su turbación.

Salimos del lugar acompañados por una romería de personas que caminaron cabizbajas ante la mirada de nuestros compañeros de salón, quienes esperaban en medio de los jardines las indicaciones sobre el día y la hora en que debían recoger las cenizas de su familiar, mientras nosotros regresábamos a la carroza fúnebre con el cuerpo de mi madre intacto.

Es irrelevante hablar sobre los trámites que se tuvieron que adelantar a último momento para la compra de un terreno en el cementerio central, así como el regreso a la funeraria para velar por un día más el cuerpo de mi madre. Mientras organizaban nuevamente todos los detalles, manejamos sin rumbo hasta que la abuela se quejó de hambre, situación que le sumaba un grado más a su mal carácter.

Sin pensarlo se decidió por un restaurante típico que sobresalía a uno de los lados de la carretera. Lentamente se fueron aparcando uno a uno los automóviles coronados por arreglos fúnebres a punto de marchitar y la carroza funeraria que aún conservaba la cinta impresa con el nombre Julia Inés Moreno. Nos despojamos de chaquetas y bolsos para ordenar el menú, pero la abuela ignoró nuestras recomendaciones culinarias y pidió para todos empanadas y morcillas como entrada, sancocho de gallina para las mujeres, mondongo para los hombres

y como bebida una mezcla de cerveza, gaseosa y aguardiente que sirvieron en vasos de plástico verdes y rosados.

Durante el almuerzo, la abuela habló sobre el significado de su sueño, que más bien había sido una revelación, un anuncio que le había llegado por voluntad del Señor de los Milagros para evitar un sacrilegio. Dio muestras de su fortaleza y autoridad, gracias a la cual no sólo pudo salvar a Julia de las llamas, sino también tomar decisiones por sus hijos, yernos, nueras y nietos que se sometían sin resistencia a su poder. Mientras disfrutaba de un plato de sancocho, nos acusó ante el conductor de la carroza fúnebre de inconscientes y perversos, al mismo tiempo que nos hizo prometer una visita al Señor de los Milagros de Buga para que lavara nuestras culpas. Ignorando mis súplicas, hizo empacar en una caja los restos de comida, se tomó el último sorbo de cerveza directamente de la botella y entregó la cuenta a mi padre quien no estaba de ánimo para refutar sus órdenes. La caravana partió nuevamente hacia la funeraria, donde familiares y amigos aprovecharon para tomar café gratis y reposar el almuerzo en las poltronas de cuero bajo el arrullo de credos y avemarías.

Después de una noche en casa lidiando con las instrucciones de la abuela, que iban desde cómo rendir memoria a la difunta hasta cómo organizar nuestra billetera, llegó la hora de partir rumbo al cementerio. Nos vestimos con la misma ropa del día anterior y salimos acompañados por la mitad del grupo de familiares y

amigos que estuvieron el día anterior. Pálido y ojeroso recibí los últimos pésames, derramé las lágrimas que había reprimido y abracé a los míos cuando el ataúd inició su descenso, mientras la abuela se arrodillaba para arrojar un puñado de tierra y un par de rosas y margaritas blancas que compró a la entrada del cementerio.

Días después y antes de partir nuevamente a Cali en un bus de Expreso Bolivariano, la abuela Tránsito ordenó instalar una lápida en mármol con el siguiente epígrafe: “Yace aquí Julia Inés, amada hija, madre y esposa quien por obra de Dios descansa lejos de las llamas del infierno”.

REGALO DE NAVIDAD

Reunidos de manera precipitada ante la escena del crimen, los hombres y mujeres de la tercera edad que hacían parte del conjunto residencial contemplaban consternados el cuadro desolado que tras de sí habían dejado los secuestradores en su huida. Sentían en carne propia las escoriaciones en el rostro de María y un profundo pesar por el cuerpo lacerado de José, tendido al lado del lecho de paja, con severos golpes en los labios y la nariz fracturada a la altura del tabique. Se lamentaban frente a la figura de las ovejas y pastores abatidos entre los patos y casas pisoteadas sobre el tapete de musgo y ante los tres reyes magos desparramados con múltiples fisuras, algunas irreparables, aún para el más calificado artesano. Las conjeturas eran sustentadas en las más diversas hipótesis sobre el sacrílego rapto, cabían desde las alusiones al apocalipsis hasta las disimuladas sospechas en contra de las familias practicantes de un credo distinto a la Fe católica

La imagen del niño había desaparecido del pesebre y en su lugar una escueta nota escrita sobre papel amarillo con letra deficiente y peor ortografía daba cuenta de los términos y el monto del rescate exigido. Doña Carmen, quien año tras año planeaba las novenas, permanecía sollozando en un rincón mientras don Adolfo, uno de los vecinos más antiguos y respetados, hacía una convincente intervención

donde no dejaba duda de ser el más idóneo de los residentes para asumir la investigación y dar con los culpables, antes de trasladar la denuncia a las autoridades competentes.

A sus cincuenta y ocho años don Adolfo gozaba de la plenitud de sus facultades, salía todas las mañanas a trotar y cuidaba con esmero su cabello aplicando mascarillas de sábila y otras especies naturales una vez por semana. Comía con moderación ajustado a una dieta baja en grasas y azúcar, manteniendo controlados los niveles de colesterol y triglicéridos. Pensionado de una entidad financiera con un moderado ingreso mensual, ocupaba su tiempo entre menores oficios domésticos y las obligaciones que demandaba el cuidado de Midas, un perro que en las mañanas y en las tardes sacaba a pasear en los alrededores del conjunto residencial, mientras aprovechaba la ocasión para fumarse un cigarrillo.

A su rutina sumaba la lectura de novelas de Agata Christie, Sherlock Holmes y la realización de talleres y seminarios relacionados con diversos temas, entre los cuales acreditaba el curso por correspondencia de “Investigaciones científicas y criminales” que lo certificaban como detective privado.

Al llegar a casa y afligido por la conducta criminal de los asaltantes, don Adolfo rescató del depósito las bolsas de basura negra en las que guardaba los manuales

“Sea un detective en casa” y “Cómo descubrir grandes misterios”, ejemplares que le llegaron por correo junto con una lupa y dos pares de guantes quirúrgicos, previa consignación de \$150.000 en el Banco Popular.

Mientras tanto, los vecinos que consideraban el pesebre y la realización de las novenas como algo sagrado, continuaban formulando toda clase de conjeturas. Alcira, Teresa y Carmen, chismorreaban entre padrenuestros y avemarías culpando del abominable secuestro al administrador, quien según ellas, siempre tomaba decisiones equivocadas con respecto a la seguridad del conjunto; Rosa, Clemencia y Martín, ocupantes de un apartamento en alquiler, soliviantaban el apesadumbrado ánimo de los vecinos sembrando dudas en contra de los testigos de Jehová, no tanto por su comportamiento que era irreprochable igual que el pago oportuno de sus cuotas de administración, sino por sus convicciones religiosas, contrarias a la veneración imágenes o figuras de yeso. Por su parte, el grupo de señores que pertenecían al consejo de administración, Simón, Francisco, Alcides y Tiberio manifestaban sus dudas frente al comportamiento de la pareja de estudiantes de sociología, quienes ocupaban una de las casas del conjunto.

Las novenas fueron suspendidas y se dio aviso mediante circular fijada en la cartelera, en tanto que el pesebre fue acordonado con una cinta amarilla para evitar cualquier manipulación de las pruebas. Al enterarse de la circular, Carmen corrió la voz a las demás integrantes del grupo de oración que sin pérdida de

tiempo acudieron al administrador para advertirle de la profanación que se estaba fraguando. Alcira, la de mayor edad y jerarquía, tomó la palabra para oponerse a la suspensión de la programación de las novenas navideñas. “De aceptar”, dijo agitando sus brazos con energía “muy pronto los impíos cargarán con José, María y hasta con el perro y el gato”.

- Dios nos ampare – intervino Teresa
- O que venga el diablo y escoja – sentenció Carmen

Al final se convino, a regañadientes, como una acción de protesta, abstenerse de cantar los villancicos y tocar la matraca, la pandereta o las maracas.

A pesar de la solicitud de don Adolfo de no mover ningún elemento de la escena del crimen para preservar la cadena de custodia, las figuras fueron reubicadas por el grupo de las más piadosas, quienes entre oraciones y salmos levantaron las ovejas y los pastores, repararon el musgo, acomodaron las doce casas y la iglesia, regresaron a su lugar los patos, instalaron la fuente, encaminaron a los tres reyes magos, ubicaron en la choza al burro y el buey y reemplazaron a José y María por dos nuevas figuras de yeso.

Los abuelos miraban compungidos la escena y se santiguaban ante lo sacrílego de la señal, un niño Dios raptado en pleno veinte de diciembre auguraba una triste navidad y seguramente un año nuevo cargado de oscuras predicciones.

En el estudio de su casa don Adolfo valoraba cada una de las pistas y tomaba nota en las últimas hojas de un cuaderno argollado. Usó los guantes quirúrgicos para no contaminar la única evidencia y tomó la nota para observarla a contraluz, observó algunas huellas impresas en el pedazo de papel amarillo y trató de descubrir su procedencia. Por las características de forma y tamaño pensó que las marcas pertenecían a un hombre delgado, o tal vez a un hombre alto, o mejor, quizás a una mujer. Tomó la lupa y buscó alguna pista, olfateó cada esquina de papel y revisó la aparición de alguna marca o mancha particular. Para aclarar sus ideas leyó en voz alta el mensaje escrito por los usurpadores *“No más natiya, buñuelos ni mazato. Arroz con pollo y papas fritas y el niño Dios volbera a su chosa sano y salbo”*. Era evidente que había sido escrito con la intención de confundir, recordó uno de los principios citados por Sherlock Holmes “Nada resulta más engañoso que un hecho evidente” y se sumergió de nuevo en el análisis de la prueba.

Como parte del proceso de investigación, durante dos días desfilaron por la sala de su casa los vecinos, las vecinas, el administrador y todos los integrantes del consejo de administración para rendir libre versión de los hechos. Nadie había

visto ni escuchado nada, en lo único que coincidían era en las sospechas contra los estudiantes de sociología y los testigos de Jehová.

Realizado el interrogatorio y de acuerdo con el manual recibido por correspondencia, pasó a la segunda fase de la investigación y programó una visita inesperada a los sospechosos; sentía un poco de vergüenza, pues siempre los había considerado gente de bien. Los testigos de Jehová al igual que los sociólogos lo recibieron con cordialidad, respondieron a cada una de sus preguntas y expusieron las pruebas de su inocencia. En ambos casos, no obstante su diplomacia, las pesquisas fueron tomadas como un insulto y una clara muestra de discriminación.

Sin pistas e impedido para pasar a la siguiente etapa de su trabajo investigativo, tomó de nuevo el cuaderno y revisó las notas, cerró los ojos y repasó en su memoria las imágenes de los últimos días frente al pesebre, no recordaba ningún hecho particular. No encontraba nada sospechoso en las oraciones entonadas junto al pesebre, el ruido de las panderetas y matracas, en las estrofas de los villancicos, ni en las risitas y murmullos de Robertico y sus amigos. Robertico era el sobrino del administrador del conjunto, un adolescente flaco y pecoso que lideraba el grupo de los más pequeños. El año anterior lo había sorprendido más de una vez tratando de pinchar las llantas de su viejo Volkswagen, razón por la cual no era de sus afectos.

Angustiado por los escasos resultados decidió tomar medidas drásticas y montar guardia permanente junto a los vigilantes, se equipó de ruana, gafas negras, pasamontañas, su cuaderno de notas y un lápiz. Pasó dos noches junto al vigilante de turno escuchando las voces distorsionadas que salían de un pequeño radio de pilas y releendo una revista vieja con las historias de Condorito. Cansado y mientras daba un último recorrido alrededor del pesebre escuchó el barullo de algunas voces, el corazón le empezó a latir con fuerza, las manos le sudaban y los pies se le congelaron dentro de los zapatos de cuero. Se ocultó detrás de un muro y se decepcionó al encontrar a Teresa, Carmen y Alcira quienes entonaban un rosario sosteniendo una camándula en las manos.

Sin moverse acompañó en silencio las plegarias y pidió al Espíritu Santo ayuda extra para desenredar el caso. Vio alejarse a las mujeres y permaneció rezando hasta que perdió el hilo de sus oraciones al observar la figura de Robertico escoltado por los hijos de Lucrecia, dos jóvenes no mayores de 12 años, que escondieron algo entre las figuras del pesebre para luego alejarse entre bromas y empujones.

Entre la sorpresa y la curiosidad abandonó su refugio e inspeccionó el pesebre, seguramente todo era una falsa alarma, una travesura infantil. Se sentía ridículo, viejo al fin de cuentas. Al acercarse encontró entre Melchor y Baltazar, uno de los

bracitos del niño Dios y amarrado a sus dedos un trozo de papel doblado en cuatro. Tomó con cuidado el brazo roto y lo dejó sobre el musgo que rodeaba el lago de los patos mientras desataba el pedazo de papel, al abrirlo se leía “Arros con pollo o frito el pollo, ultimo abiso”. - Esta juventud está perdida - , dijo para sí mientras envolvía en un pañuelo blanco el brazo desmembrado del niño Dios y el trozo de papel amarillo.

Al llegar a casa, dejó la nota y el bracito del niño sobre la mesa del estudio junto a los guantes quirúrgicos, la lupa, los manuales y su cuaderno de notas. Vencido por el frío y el cansancio postergó el análisis de las pruebas para el día siguiente y agradeció al Espíritu Santo su mediación.

Despertó con una rara sensación que atribuyó a la celebración de la navidad, se duchó con agua caliente y como todos los veinticuatro de diciembre, estrenó un atuendo completo. Luego del desayuno se dirigió al estudio para escribir un detallado informe sobre los avances y resultados de la investigación, le sorprendió encontrar a Midas en uno de los sillones mordisqueando un pedazo de hueso. Se acercó y alarmado descubrió entre sus dientes el brazo del niño Dios, intentó abrir el hocico del perro pero fue inútil, Midas apretaba sus mandíbulas con tal fuerza que el brazo empezó a desmoronarse, finalmente logró escapar y salió corriendo con el milagroso botín entre sus fauces. Sorprendido se acercó a la mesa y descubrió que Midas no sólo había saltado desde el sillón para tomar el brazo del

niño, sino que además había roto los guantes, la lupa y destrozado todas las evidencias. Con el puño cerrado dio un golpe sobre la mesa y maldijo su suerte.

Se recluyó en el estudio y luego de tres horas tomó el teléfono y llamó a don Joaquín, le pidió reunir a todos los residentes del conjunto para comunicar los resultados de la investigación. Los vecinos lo esperaban alrededor del pesebre, todos alababan su capacidad e inteligencia, hasta los más escépticos lo ponderaban. Con calma expuso uno a uno los pasos de la investigación, sus aciertos y equivocaciones, sus dudas y dificultades, posteriormente leyó los resultados del informe.

“Hay dos sucesos sin interrelación entre ellos, los destrozos en el pesebre no tienen nada que ver con las notas dejadas en el lugar del niño Dios, lo cual hace parte de una broma de terceros sin consecuencias. La destrucción del pesebre obedeció un hecho vandálico perpetrado en las horas de la madrugada, en el que los más probables responsables pudieron ser algunos hinchas furibundos y por supuesto alicorados, quienes la emprendieron contra las imágenes como si estuvieran derribando jugadores del equipo rival. Decir si eran hinchas de uno u otro equipo es una afirmación que no podría comprobar y aún si hubiese sido posible, en nada enmendaría el daño. Con respecto a la nota, hace parte de un juego inofensivo que nos enfrentó a la rutina de los refrigerios navideños, señalar a los autores de la nota es innecesario más no la urgencia de emprender acciones

para luchar contra las malas costumbres y la inseguridad. Propongo reforzar la vigilancia del conjunto e instalar cámaras en los alrededores, para las novenas navideñas recomiendo programar jornadas de sensibilización para concientizar a niños y jóvenes sobre la dignidad de las imágenes sagradas y programar turnos entre los residentes para custodiar el bienestar de la sagrada familia. Por último los invito a que revisemos el menú y salgamos de la rutina del masato y los buñuelos”

Las reacciones estaban divididas, algunos aplaudían y alababan su intervención, mientras que otros se quejaban por la pobreza de sus argumentos. Simón, Francisco, Alcides y Tiberio lo abrazaron y reconocieron su gran capacidad; Alcira, Teresa y Carmen se quejaban por la ausencia de responsables y castigos ejemplares, los estudiantes de sociología sostenían una pancarta que hacía alusión a la discriminación, mientras Robertico y sus amigos permanecían en silencio junto al pesebre evitando las miradas de don Adolfo.

Luego del barullo se dio inicio a la tradicional celebración de la novena, que para esta ocasión estuvo acompañada nuevamente por el ruido de maracas y panderetas. Mientras cantaba, don Adolfo aún no sabía si agradecer la intervención del Espíritu Santo o condenar el atrevimiento de Midas, que como castigo fue encerrado en la terraza sin derecho a una ración extra de comida.

Al finalizar, y para sorpresa de todos, ofrecieron arroz con pollo y papas a la francesa. Don Adolfo estaba tan ensimismado que no se percató de la llegada de Robertico, quien le ofreció su plato y lo abrazó cariñosamente susurrándole “*Don Adolfo, alégrese que hoy llega el niño Dios*”.